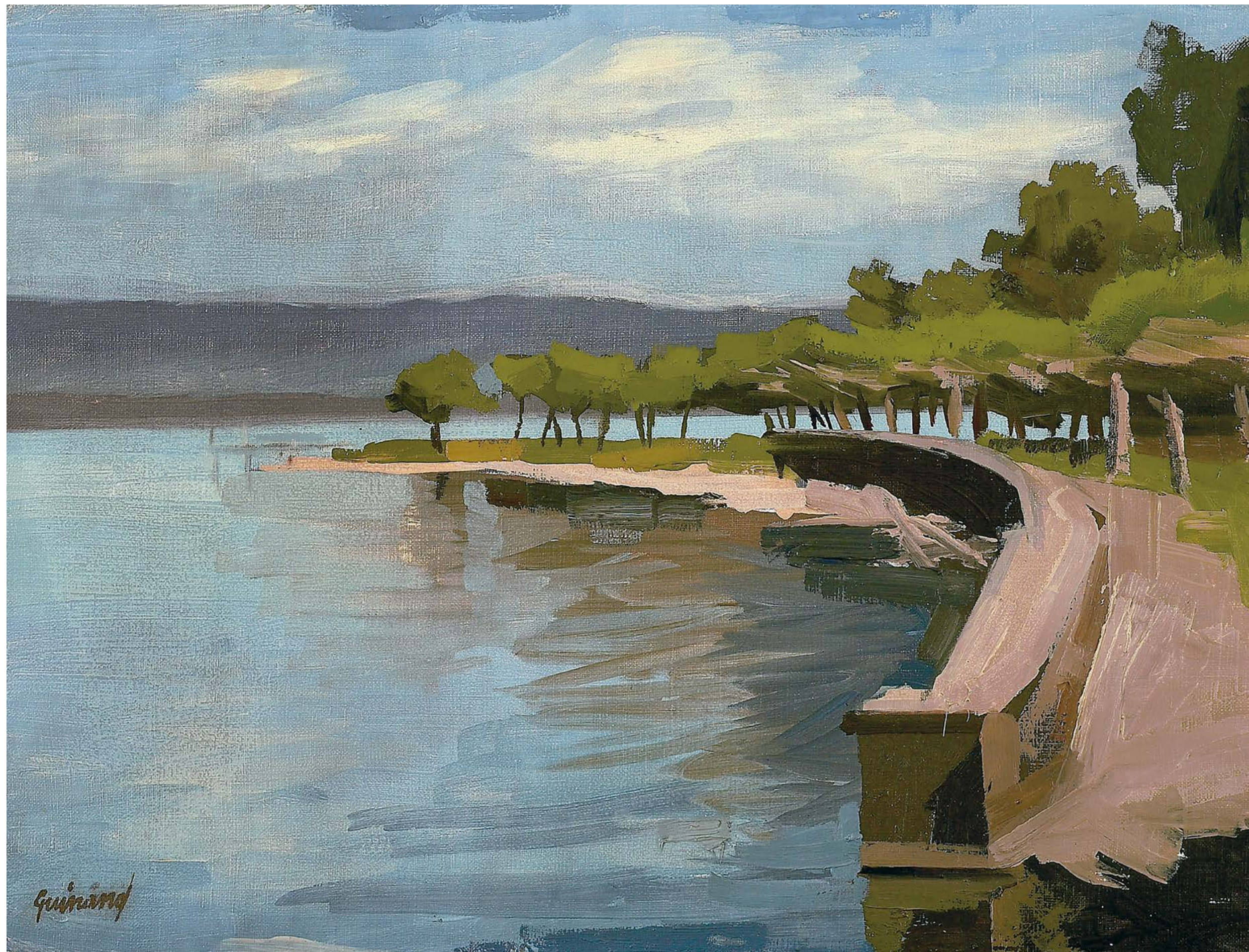
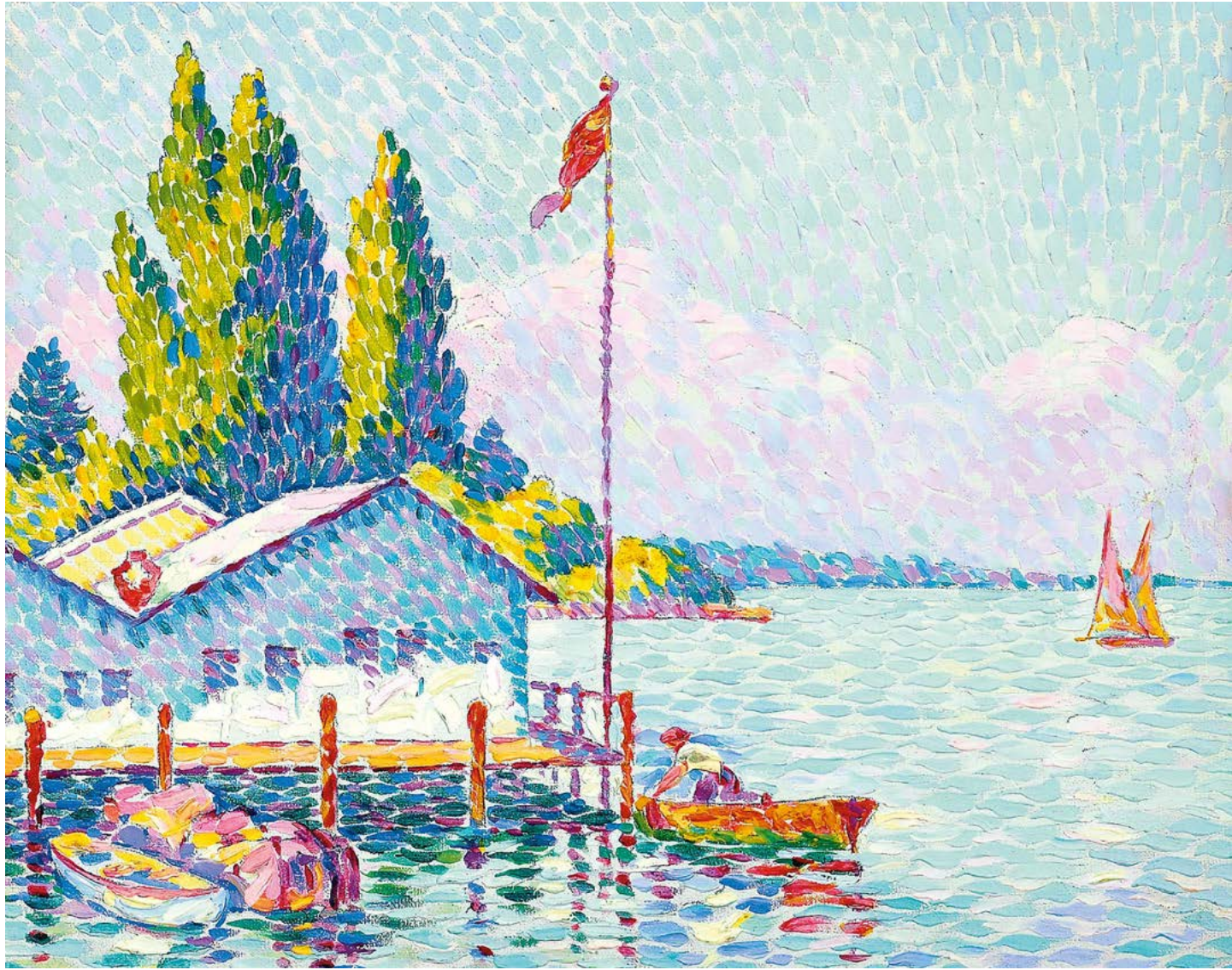


MI ODA AL LAGO



Habiendo crecido a orillas del lago Ginebra, Philippe Stern se inclinó por temas de la zona cuando comenzó su colección de arte. Aquí recuerda con cariño sus aventuras náuticas en el lago y los cuadros en los que encontró inspiración. El historiador y novelista Jacques Bressler examina la colección de los Stern.





UNA COLECCIÓN INSPIRADA EN UN AMOR ETERNO POR EL LAGO GINEBRA

Yo era un niño del lago y desde pequeño me dormía arrollado por el sonido del oleaje en la orilla de Creux-de-Genthod. A finales de la década de los años 40 y principios de la década de los 50, a los jóvenes no nos era tan fácil salir a recorrer el mundo como lo es hoy. Mi escape era el lago.

Ya desde muy joven, nos reuníamos unos cuantos amigos para salir a navegar en nuestros veleros Snipe y descubrir el lago y sus orillas. Nos sentíamos como grandes exploradores en una expedición. Nuestro objetivo era llegar a la boca del Rin, que marcaba el comienzo del lago. Casi nunca llegábamos tan lejos porque el viento no soplaba siempre a nuestro favor, y parábamos en alguna orilla agreste, asábamos algo en la hoguera y, a veces, pasábamos allí

la noche. Cuando amenazaba la tormenta, nos dirigíamos con toda rapidez hacia uno de los pequeños muelles del lago.

En aquella época los muelles estaban desiertos. Algunas veces podíamos encontrarnos con un viejo pescador que nos contaba relatos espantosos sobre los vientos terribles que arrastraban los barcos con tripulaciones inexpertas. Desde entonces siempre he estado convencido de que el lago es un elemento que está vivo, que no se puede dominar y doblegar, y que uno debe observar sin pausa y estar preparado para sus cambios repentinos.

Posteriormente, durante casi 40 años, mi pasión por el lago me llevó a participar en todas las regatas organizadas en la región de Lemán. Cientos de regatas, día y noche, muchas de las cuales acabaron en victoria, como por ejemplo mis siete trofeos

Bol d'Or. Aunque el placer no residía en haber ganado a mis rivales, sino en haber podido dominar todos los elementos del lago, y observar sus olas, orillas y las montañas de alrededor y, especialmente, las nubes avanzando por delante.

Esas horas intensas, e incluso días, de navegación eran puro placer. Me infundían humildad y respeto por la naturaleza, y también un equilibrio que me ha ayudado en mi vida profesional, durante la que también me enfrenté a varias tormentas.

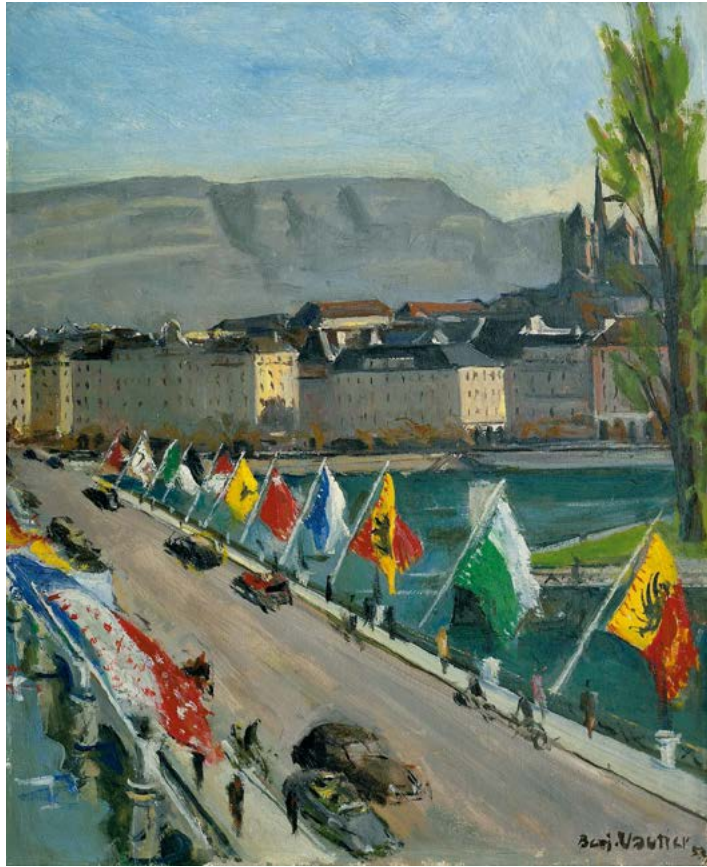
Por este motivo, a lo largo de los años, he coleccionado cuadros que transmiten la personalidad del lago, sus orillas y muelles. Algunos fueron elegidos por su mérito artístico, aunque normalmente me inclinaba por obras evocadoras de vivencias y recuerdos de las numerosas expediciones en el lago. Hoy, los jóvenes, probablemente,



Páginas 54-55: la serenidad del lago en el cuadro de René Guinand *Le lac à Hermance* (El lago en Hermance), 1948, ofrecía un contraste de calma con el bullicio de la vida en la ciudad en el siglo XX, que era su tema habitual. Página 56: el color y los efectos de la luz en su Niza nativa, junto al puntillismo de Signac, tuvieron gran influencia en la obra de Edouard de Fer. Estuvo activo a principios del siglo XX, tiempo en el que pintó *L'embarcadere* (El embarcadero). Esta página:

escenas del lago a finales del siglo XIX en la pintura de Constance Suzanne Assinare, como *Vers le Haut-Lac* (Hacia el alto del lago), 1898, un estudio del agua, las montañas y el cielo en azules (izquierda); y en las obras de Frédéric Dufaix, cuya larga carrera abarcaba desde finales del siglo XIX hasta la década de los años 40. El cuadro inferior, *Le retour du marché* (El retorno del mercado), es una obra a gran escala de una escena cotidiana con sensibilidad poética.





En sentido horario, desde encima de estas líneas: Léon Caud era un maestro del paisaje y las escenas rústicas de finales del siglo XIX. Trata la luz y la sombra del crepúsculo y la puesta del sol con gran pericia, como se ve en *Les dames paysannes d'Hermance* (Las campesinas de Hermance). En contraste con este estilo, a principios

de la década de los 50, Benjamin Vautier se recrea en el brillo de los colores de las banderas bajo el sol en *Le pont du Mont-Blanc pavoisé* (Banderas adornando el puente de Mont-Blanc). Vautier tuvo gran éxito por sus cuadros de bodegones, pero también pintó paisajes excepcionales, como esta vista de Ginebra. Pero más

que ningún otro artista en la colección, Louis Baudit captó el espíritu del paisaje. Pintó el lago en distintos estados y poseía gran talento para captar los efectos del viento sobre el agua, las nubes y los barcos empujados por las brisas, como queda reflejado en *Le matin devant Cologny* (La mañana frente a Cologny) de 1943.





Arriba: *Le Château de Clérolles près de Rivaz* (El castillo de Clérolles, cerca de Rivaz), a mediados del siglo XX. El inteligente uso

de la perspectiva de Albert Duplain nos ofrece una panorámica inusual del lago Ginebra; dirige la atención hacia el castillo y después

hacia el lago y las montañas de fondo. Página contigua: los días soleados, con brisas, junto al lago, se ven reflejados en las acuarelas

de finales del siglo XX de Ellis Zbinden, como *Les parasols sur le quai des Eaux-Vives* (Las sombrillas en el muelle de Eaux-Vives).



no verán más que nostalgia por el pasado, pero espero que, a pesar de ello, reconocerán que el lago es un regalo inestimable que debemos valorar y conservar.

EL EXPERTO JACQUES BRESSLER Y EL ARTE DE UNA ERA PERDIDA

Pocas colecciones privadas poseen el encanto y la autenticidad de la recopilada por los Stern en torno al lago Ginebra.

Desde hace tiempo han llegado viajeros y turistas procedentes de toda Europa para admirar la belleza del lago y navegar por sus aguas. Pero los afortunados que viven en sus alrededores tienen el gran privilegio de contemplar día a día la impresionante extensión de agua, los sutiles cambios de luz según la hora o la época del año y las escenas que se despliegan en sus orillas.

Son imágenes preservadas para nosotros por los pintores de la colección de los Stern. Son testimonio de un pasado que ya no es posible ver: este enclave a orillas del lago,

«... son testimonio de un pasado que ya no es posible ver: este enclave a orillas del lago, ese muelle, esos barcos...»

ese muelle, esos barcos... Todo existió una vez, pero el progreso lo ha borrado.

Un símbolo de este pasado perdido es el *barque du Léman*, o la barcaza de Lemán, tema favorito de los pintores locales. Estas barcazas aparecen a menudo en la colección de los Stern, pues la mayoría de los artistas sucumbieron a sus encantos. Tiene especial interés en la colección: la excelente ejecución de las obras de Auguste Veillon y Albert Gos; el talento de Nathanaël Lemaître; los pequeños cuadros de François Bocion; la obra de formato grande de Frédéric Dufaux, y la austeridad, pero también aguda observación, de Eugène Martin.

La colección rinde tributo en especial a Louis Baudit (páginas 58-59), a quien la familia Stern secundó en 1924, cuando realizó su primera exposición. Este excepcional artista nos ha dejado unas preciosas vistas de las orillas del lago Ginebra y las famosas barcazas, tan auténticas y poéticas, que uno no se cansa de contemplar las grandes obras reunidas aquí.

Después de observar la colección de arte de los Stern, el lago ya no se ve igual que antes. Cuando en la obra de arte prevalece la autenticidad, sin doblegarse a los dictados de la moda, logra abrimos los ojos a la naturaleza y a la humanidad. ♦